

Lo que sea de cada quien

El tic de Luis G. Basurto

Vicente Leñero

La anécdota la contó José María Fernández Unsaín allá por los ochenta, cuando todo el consejo de la SOGEM era testigo de los tics faciales de Luis G. Basurto: le enchuecaban la boca, le oprimían los párpados, le hacían brincar las cejas; nada del otro mundo, lo común y corriente de quienes padecen tics.

Tanto Luis G. Basurto como Rafael Solana eran figuras imprescindibles —activísimos en sus opiniones— de las reuniones del consejo. Casi siempre estaban de acuerdo entre sí y se vivían profiriendo o escribiendo parrafadas de elogios mutuos. Para Solana, *Cada quien su vida* era la mejor comedia mexicana de los últimos tiempos. Para Luis G. Basurto, *Debiera haber obispos* era la mejor comedia mexicana de los últimos tiempos.

Así, como quien juega al rebote, se elogiaban y defendían con denuedo la dramaturgia nacional.

A Solana, que tanto conocía a su amigo, le pregunté por el nuevo tic que le había

aparecido o se le había acentuado al exitoso autor. Me resultaba impresionante porque a mayor vehemencia en sus intervenciones, más visible se hacía ese ademán involuntario de Basurto: su mano derecha se erguía de pronto, resorteando, y entonces sus dedos comenzaban a moverse con frenesí, a bailotear, a trazar arabescos en el aire. Necesitaba valerse de la mano izquierda para detener y bajar la derecha saltarina hasta la superficie de la mesa y poder seguir hablando como si nada ocurriese.

Ninguno de los miembros del consejo se atrevía a hacer la menor alusión al tic para no avergonzar a Basurto. Varios nos aguantábamos la risa, porque era risa la que provocaba de momento el espectáculo; luego, lástima por el desafortunado colega, quien nunca se disculpó o se refirió a su involuntario padecimiento.

—A Luis no le importa —respondió Solana a mi pregunta—. Debe ser algo neurológico, pero ya se acostumbró.

Fue entonces cuando Fernández Unsaín, como si se tratara de un chiste, contó la anécdota.

La semana anterior, la Embajada de Francia había invitado a los miembros de SOGEM a una comida por no sé qué acontecimiento cultural promovido por el IFAL. Junto con otros artistas e intelectuales acudieron Fernández Unsaín, Luis G. Basurto, Rafel Solana, Héctor Azar...

Antes del banquete, los asistentes fueron atendidos con tragos en el jardín. La plática se repartía en animados corrillos. Muy animado se veía Basurto cuando le sobrevino el inoportuno tic de la mano saltarina que empezó a revolotear como si

fuera una mariposa. Trató de controlarlo de inmediato, pero como tenía ocupada la izquierda con un vaso de vodka, se aproximó a la verja que limitaba un pequeño prado e introdujo el índice de su derecha en uno de los concéntricos dibujos de fierro. Atoró ahí el dedo con disimulo, como quien recurre a una pinza, y continuó con su plática todo el tiempo que dilató el aperitivo.

Pero llegó la hora de pasar al comedor, y cuando Basurto trató de extraer el índice advirtió con pánico que no podía zafarlo. No podía, no podía. Estaba atoradísimo. Presado en el circuitito de fierro.

Ya se dirigían los invitados hacia el comedor, ya se iba quedando vacío el jardín, y Basurto seguía tironeando para extraer su dedo. Entre más tironeaba, más se inflamaba el apéndice. Qué angustia.

Solana regresó a auxiliarlo.

—Muévele, Luis. Muévele.

Nada.

—Mejor ya no le muevas, va a ser peor.

Ambos trataban de no llamar la atención de los demás, como si una fingida conversación los entretuviera, pero al poco tiempo todo el mundo cayó en la cuenta. El papelazo que estaban haciendo Basurto, por Dios, qué barbaridad.

Llegaron edecanes, invitados, asistentes de la embajada, el embajador mismo. Qué horror. Trajeron agüita, jabón, vaselina. El dedo no salía. Fue preciso recurrir a un herrero, que tardó más de media hora en llegar, para salvar a Basurto del trance; del oprobio —pensaba él con el rostro enrojecido por la vergüenza. Chirrió la sierra. Aplaudió el embajador. ¡El dedo había sido liberado!

—Es la mejor comedia que le he visto a Basurto —comentó Fernández Unsaín cuando terminó de contar la anécdota. ▣



Basurto con Usigli y Solana